

Contribución de Freud a las Ciencias Sociales

Virginia Leone Bicudo(*)
(San Pablo)

I — Introducción

Por haberse constituido en una adquisición en el campo de las ciencias humanísticas, en un motivo de renovación en la esfera de las artes y en factor de cambio en el terreno de las interrelaciones sociales, la influencia de Freud en nuestra civilización y nuestra cultura es innegable. La terminología freudiana se ha incorporado ya a varios campos de la psicología social e individual, de la sociología y de la antropología social y prehistórica.

Aunque chocante al sentido común —hecho que se concretó en violentas reacciones contra las ideas de Freud— la creciente incorporación social y cultural de conceptos psicoanalíticos denota una superación de las resistencias a la toma de conciencia en cuanto a los contenidos del inconsciente y su consiguiente penetración en los campos del pensamiento científico y de las relaciones individuales y grupales.

El estudio de la naturaleza humana constituye el campo común de los científicos humanistas y la contribución de Freud abrió nuevos horizontes, al iluminar el factor inconsciente como Uno de los determinantes de la conducta humana en la formación de sociedades y en la producción de cultura. Tal contribución científica sólo se hizo posible luego de la creación de una técnica psicoanalítica específicamente organizada para lograr acceso al inconsciente como fenómeno, a través de la situación transferencial entre paciente y psicoanalista.

* Directora del Instituto de Psicoanálisis de la Sociedad Brasileira de Psicoanálisis de San Pablo. Coordinadora del Consejo Didáctico de COPAL. Profesora de la Escuela de Sociología y Política de San Pablo.

Los deseos, motivos, impulsos y necesidades son capítulos habituales en obras de psicología, sociología y antropología fundamentadas en métodos de investigación que sólo abarcan las expresiones de la mente consciente y preconsciente.

Por esta razón, las hipótesis acerca de cómo el ser biológico hombre deviene ser humano se basan en la interacción de procesos bio-psicosocio-culturales y ecológicos, excluyendo o ignorando los procesos derivados de la dinámica del inconsciente. En la medida en que no se consideren la dinámica del inconsciente y los mecanismos psíquicos de defensa, los conocimientos de la personalidad, organización social, instituciones, cultura y transformaciones sociales y culturales se ven perjudicados debido a la ceguera derivada de la limitación del “insight” de los investigadores. A ello se debe que en obras de psicología, sociología y antropología suelen encontrarse conclusiones sobre, por ejemplo, auto-afirmación, auto-preservación, o complejo de Edipo que demuestran que, por haberse ceñido estrictamente a los métodos de investigación que adoptaron, los autores no pudieron incluir en ellas los conocimientos derivados de los procesos inconscientes.

Otto Klineberg (*) presenta, entre otras, las siguientes conclusiones: “La conducta agresiva es característica de muchas especies animales. Según la “teoría de la emergencia” de las reacciones emocionales, tiene una base fisiológica indirecta. Es muy generalizada y se manifiesta en el hecho de hacer la guerra, pero no es en modo alguno universal y puede explicársela más como un medio para un fin que como un fin en sí. La agresividad entre los individuos puede explicarse en forma análoga, y aumentará o disminuirá en cantidad o en su forma de expresarse de acuerdo con las distintas condiciones sociales y culturales. Su presencia y su intensidad parecen guardar relación con la frustración, aunque ésta puede tener otras consecuencias...” “La auto-afirmación, es decir el impulso a la búsqueda de prestigio, tiene algunos paralelos entre los grupos de animales, especialmente en lo que refiere a la

* Otto Klineberg, Social Psychology, Columbia University, Nueva York. 1954, p. 123.

instauración de una dominación jerárquica... Puede interpretarse, en gran parte, como una prolongación de la necesidad del consenso social que se requiere para la satisfacción de las necesidades primordiales"... "La auto-preservación es en realidad el resultado final de una serie de motivos, tales como el hambre, la sed, la eliminación de excrementos, etc. Por otro lado, el fenómeno del suicidio demuestra que, pese a la naturaleza biológica del deseo de auto-preservación, éste varía bajo la influencia de las "folkways"... La inevitabilidad del complejo de Edipo, con la hostilidad hacia el padre y el deseo, incestuoso vinculado a la madre, es desafiada por el material matrilíneo de los Tronbianders, entre quienes el complejo nuclear adopta la forma de una hostilidad contra el tío materno y el deseo por la hermana. El complejo, lo mismo que otros aspectos de las relaciones sociales y sexuales, varía de acuerdo con el "setting" cultural. "Los factores sociales determinan el tiempo, el lugar y las condiciones para la satisfacción de esas necesidades (hambre, sed, sueño) pero su existencia es independiente de la sociedad... La clasificación de motivos según una jerarquía de dependencia tiene la ventaja de indicar con qué grado de seguridad podemos prever la aparición de un motivo dado en un individuo dado. El hambre, el sexo, la agresividad, la adquisición, por ejemplo, pertenecen a cuatro categorías diferentes, en orden de dependencia descendente. La clasificación está basada en la conducta manifiesta y no está directamente ligada a la motivación inconsciente. (*)

No es sólo esta clasificación de Klineberg la que está basada exclusivamente en la conducta manifiesta; también lo está la formulación de sus conceptos. Por el bocho de excluir los conocimientos que Freud proporcionara acerca de los orígenes de la agresividad destructiva, el narcisismo, la gula, la envidia, los celos, la estructura del aparato psíquico y los mecanismos que rigen la economía psíquica, Klineberg (a) explicó la génesis del comportamiento agresivo exclusivamente en función de una frustración condicionada por factores sociales y culturales; (b) definió la autoafirmación únicamente con relación al consenso social requerido para la satisfacción de las necesidades primordiales y consideró la auto-preservación como el resultado final del

* Op. cit. p. 166.

hambre, la sed, la eliminación de excrementos, etc.; (e) finalmente, en lo que atañe a la universalidad del complejo de Edipo, refutó la hipótesis en base a la comprobación de que el complejo varía según el “setting” cultural, sin percatarse de que, por el simple hecho de aludir a la posible variación del complejo, confirma implícitamente su existencia, lo mismo que al inferir que la satisfacción de las necesidades primordiales (hambre, sed y eliminación de excrementos) varía en tiempo y espacio de acuerdo con factores sociales, si bien su existencia es independiente de la sociedad. La observación de que el complejo de Edipo varía en función de la cultura, no lo lleva a la conclusión de que se trata de un hecho universal. No podemos entender la existencia de una formación reactiva, ya sea individual o grupal, sin un sustrato en el “ser” y atribuir a la frustración socio— cultural la génesis causal de la agresividad destructiva. La frustración dinamiza y hace que se manifieste la agresividad existente en el ser, la que será más tarde psíquica y socialmente elaborada. Freud escribió varios trabajos sobre la agresividad destructiva.

Intentaremos ofrecer a continuación una síntesis muy breve de la contribución de Freud al conocimiento de la naturaleza original del ser humano y sus repercusiones en la organización Social y en la cultura.

Valiéndose de una técnica de acceso al inconsciente, técnica que consiste en la utilización de la situación transferencial paciente-analista, Freud acumuló un acervo de conocimientos sobre los contenidos del inconsciente, su dinámica, su economía y la estructura del aparato psíquico. Demostró que los contenidos del inconsciente inciden, en primera y última instancia, en los procesos de integración y desintegración de la personalidad y de los grupos sociales.

II — naturaleza original del ser humano

Desde el punto de vista dinámico, señaló la existencia de dos impulsos fundamentales, con finalidades originariamente distintas: a) la libido, que rige los objetivos de la integración, al servicio de la auto-preservación, se modifica lentamente hasta abarcar la finalidad de preservar los objetos; b) el impulso destructivo, al ser vicio de la tendencia de la sustancia viva de retornar al estado anterior; este impulso destructivo es sentido por el niño como una amenaza proveniente del mundo exterior, en oposición a un sentimiento que presupone la existencia incondicional.

Algunas de las características inherentes a la naturaleza original se mantienen en el inconsciente y, aunque no integradas en el pensamiento objetivo, se reflejan en las reacciones del hombre como tal. Nos referimos a las cualidades innatas del ello y del inconsciente señaladas por Freud, y que estudiaremos: 1) desde el punto de vista dinámico; 2) desde el punto de vista estructural, a través de las funciones del yo y del superyo; 3) desde el punto de vista económico, en virtud de los mecanismos psíquicos de defensa.

1 — **Punto de vista dinámico.** Es un hecho clínicamente observado que el curso de la libre asociación de ideas está predeterminado en los pacientes por dos factores: el principio psicológico de la repetición compulsiva y la transferencia. Partiendo de la observación de que en la relación con el analista los pacientes repiten inevitablemente, en forma obsoleta y anacrónica, las mismas soluciones de conflicto mental adoptadas en la infancia, Freud formuló su teoría del principio psicológico de la repetición compulsiva: la compulsión a repetir formas infantiles de conducta frente a situaciones de frustración o de satisfacción, consecuentes con las características de sus impulsos instintivos, entendiéndose por impulso instintivo una disposición filogonéticamente organizada que busca la Satisfacción de un fin determinado, que, prescindiendo del aprendizaje se expresa siempre en la misma forma. Al alcanzar el nivel mental, el impulso instintivo es susceptible de modificaciones parciales en función de factores endopsíquicos y del mundo exterior.

Ese impulso instintivo, una vez dinamizado, produce un estado de tensión orgánica que, para el restablecimiento del primitivo estado placentero, exige acción. A nivel psíquico, la solución de ese estado de tensión está regida, predominantemente durante la infancia, por el principio que Freud denominó del placer y el dolor.

Es el principio del placer y el dolor el que rige las reacciones del niño en sus experiencias con el mundo exterior. Bajo el dominio de este principio del placer y el dolor, la situación de tensión y el placer moviliza al niño hacia la obtención absoluta, ilimitada e incondicional, de la satisfacción de una necesidad vital. La búsqueda de] placer y el rechazo del dolor gobiernan, pues, la mente y las reacciones infantiles. A través de sus contactos con el mundo exterior, el niño

no tarda en internalizar la realidad y en advertir que la búsqueda de satisfacción en la dimensión de lo absoluto es inexistente, que provoca dolor y frustración, mientras que la incorporación de la realidad está ligada a un medio de lograr satisfacción.

Partiendo del hecho de que la mente es conflictual, por estar dividida en estímulos con finalidades antagónicas de vida y muerte, de construir y destruir, Freud desarrolló sus teorías sobre los dos impulsos fundamentales de finalidades opuestas: libido e impulso destructivo. Definió a la libido en función de las características relacionadas con la preservación de la propia vida y con las funciones de integrar, fusionar o neutralizar el dualismo de la disposición innata, que se manifiesta entre los impulsos instintivos, entre yo y superyo, entre mundo interno y mundo externo.

Freud estudió la evolución de la libido desde la infancia hasta la edad adulta, diferenciando tres etapas con características propias: la etapa oral, la anal-sádica y la genital. De acuerdo con su teoría, durante los dos primeros años de vida, las experiencias del niño están marcadas predominantemente por un sentimiento narcisista vinculado a la primacía oral. Bajo el dominio de la oralidad, el propio ser es sentido como el universo único, cuya finalidad es incorporar todo cuanto le procure placer o contribuya a la auto-preservación. En cambio, todo cuanto le produce desagrado o frustración, inclusive el propio impulso destructivo, es percibido como exterior al yo. La gula y la voracidad califican respectivamente a la libido y al impulso destructivo, y el niño es impulsado por un deseo incesante e ilimitado de incorporación de lo “bueno” y expulsión de lo “malo”.

La etapa anal-sádica se caracteriza por el predominio de la relación del niño consigo mismo y con el mundo exterior, en un intento de retener dentro de sí lo “bueno” y lo “ruin”, incorporando al mismo tiempo normas de limpieza para luchar contra la suciedad. Al llegar a la etapa genital, entre los dos y cinco años, parte de la libido narcisista se ha transformado en libido de objeto, en cuyo momento la angustia existencial abarca a ‘os objetos; en otras palabras, la preservación de los objetos es percibida como tan importante para la auto-preservación como lo fueran en la etapa oral y narcisista la negación y la

proyección de los propios impulsos destructivos. A través de la pérdida de los objetivos necesarios para la propia supervivencia, el niño supera sus sentimientos edípicos de envidia y celos por el progenitor sentido como rival y sus deseos de posesión total del progenitor de sexo opuesto al suyo, revistiendo a ambos padres de libido. Su agresividad destructiva pasa entonces a estar dirigida contra personas ajenas al triángulo familiar.

2 — **Punto de vista estructural.** Mientras la libido narcisista evoluciona en libido de objeto, se desarrolla la estructura del aparato psíquico, diferenciándose en ello, yo y superyo. Del ello emanan los impulsos instintivos que en el yo inconsciente se expresan en fantasías. El yo se constituye como parte diferenciada del ello, con las funciones de síntesis entre realidad interna y externa. Pronto cede al *superyo* la función de percepción de estímulos internos, aunque mantiene la función de mediador entre el principio del placer-dolor y el principio de realidad. En la medida en que exista una sintonía interna en el funcionamiento de las tres instancias —ello, yo y superyo el yo estará en condiciones de ejercer sus funciones de mediador y sintetizador de integrar necesidades internas y exigencias socio-Culturales, mediante las capacidades de pensar, discernir y juzgar.

En función de la realización de la experiencia el mundo exterior, una parte del yo se diferencia en superyo. Freud definió la génesis del Superyo en función de una disposición innata plasmada por el ambiente cultural. El superyo resulta de la introyección de la herencia cultural, puesto que se relaciona con las sanciones del grupo social en que el niño crece. En base a la estructura y función de este censor internalizado, la percepción de la realidad interna y externa por el yo queda sometida a la dependencia de la censura del superyo.

Parte de los impulsos no modificados a través de la experiencia permanecen en el inconsciente en estado dinámico, tratando de manifestarlo, o son definitivamente reprimidos por el superyo. Las consecuencias de la no transformación de las cualidades instintivas, de su mal o bien lograda represión, se manifestarán en forma de conflictos psíquicos y de conflictos en la esfera socio-cultural. En función del superyo, la personalidad se encuentra inexorablemente comprometida entre las dos partes: por un lado, las

necesidades de su naturaleza original y, por el otro, las exigencias institucionalizadas por los objetivos de la vida en comunidad.

3 — Punto de vista económico. La distribución económica de la libido y del impulso destructivo se verifica, según Freud, a través de los mecanismos psíquicos de defensa. Qué proporción de energía libidinosa permanece fijada al yo, qué parte es modificada en catexis de objeto, qué cantidad de agresividad se fusiona a la libido y se subordina a los fines de ésta y, finalmente, qué cantidad de impulso destructivo permanece en el mundo interno o es proyectada al mundo exterior, son problemas de economía afectiva solucionados adecuadamente o no por los mecanismos psíquicos de defensa.

Los mecanismos psíquicos de defensa, disposición innata de la mente, son movilizadas por la angustia existencial bajo la forma de fantasías de omnipotencia. En su obra sobre los sueños Freud puso de relieve los procesos primarios de la mente que tienden a la realización de los deseos a través de los mecanismos de desplazamiento y condensación, sin consideración alguna por el principio de realidad. La represión, primaria y secundaria, fue uno de los primeros mecanismos señalados por Freud: el “splitting” y la fusión de los impulsos primarios, la proyección e introyección, la negación, la idealización, la formación reactiva y la sublimación, entre otros, fueron exhaustivamente estudiados por Freud en relación con los procesos secundarios.

Bajo el dominio del sentimiento de omnipotencia, las fantasías inconscientes son percibidas como reales, así como omnipotentes los mecanismos de defensa. De este modo, al ser percibido como realidad el resultado de la operación omnipotente de los mecanismos de defensa, el niño cree en su yo idealizado a través de la introyección y la represión, y en el objeto transformado en perseguidor o idealizado.

Sometido al absolutismo de las exigencias de los impulsos instintivos que contrasta con la situación de total dependencia del ambiente que requiere para su supervivencia, el niño se siente protegido de la angustia existencial por la creencia en las fantasías de omnipotencia de sus mecanismos psíquicos de defensa.

El pensamiento mágico es característico de la mente infantil y de los pueblos primitivos. Sin embargo, nuestra civilización conserva aún creencias, supersticiones, pensamientos, mitos e instituciones marcados por el

sentimiento omnipotente.

III — interacción entre procesos psíquicos y procesos socio-culturales

Puesto que el ser biológico hombre deviene ser humano en función de la acción conjugada de procesos que se desarrollan a distintos niveles (biológico, ecológico, psicológico, sociológico,, cultural), el estudio de este hecho requiere la cooperación simultánea de especialistas en diferentes campos científicos Sin embargo, mientras las facultades e instituciones universitarias sigan siendo compartimentos - estancos, las universidades Continuarán obstaculizando la adopción de una actitud científica. La investigación dentro de este campo presupone la colaboración de científicos especializados en distintas ramas de la ciencia, artificio indispensable para el conocimiento de la interacción de los procesos y de la *unicidad* del objeto en estudio. Esta corriente de pensamiento está, no obstante, siendo adoptada por Varios científicos y en la actualidad se está infiltrando en la estructura de algunas Universidades

Una de las críticas dirigidas contra los psicoanalistas se refiere al aislamiento en que trabajan. Acatando esta crítica, con el propósito de estudiarla, enfocaremos dos de sus aspectos: 1) reacción contra el psicoanálisis, como resultado de la resistencia inconsciente; 2) contingencia de la formación del psicoanalista.

1 — Reacción contra el psicoanálisis

Pionero en la investigación del inconsciente y en la creación de la técnica adecuada para el acceso al objeto de su estudio, Freud debió enfrentar la fuerte oposición de los medios científicos y si siguió adelante fue debido a las características geniales de su talento. La tarea del descubridor es siempre más espinosa que la de sus seguidores, sobre todo si cuando en el camino hacia la meta tropieza con fuerzas contrarias, como ocurre en el caso del inconsciente. El hombre lucha contra su propia naturaleza y por esta razón consume gran parte de sus energías en evitar su propio conocimiento. Para mantenerse inconsciente el individuo recurre a falsas racionalizaciones en las cuales cree, a significados carentes de realidad pero represivos, a formaciones reactivas dolorosas como las enfermedades mentales y las psicósomáticas; y no sólo eso sino que en función de la resistencia inconsciente, el hombre

institucionaliza y crea cultura.

Cuando Freud empezó a divulgar los resultados de sus investigaciones, atrajo contra sí mismo y por consiguiente contra el psicoanálisis, un rechazo hostil y generalizado. Sus ideas despertaban angustia, eran sentidas como una amenaza, como un agravio contra el hombre moral, el hombre religioso, las instituciones y los significados culturales. Los aspectos de esta resistencia fundados en la herida narcisista y la angustia, han sido superados; es evidente que la civilización moderna ha incorporado a su cultura significados conscientizados por Freud. Sin embargo, el psicoanalista sabe que la resistencia es un fenómeno inagotable, porque también el inconsciente es inextinguible. En ese clima de resistencia inconsciente trabaja el psicoanalista, pero es sobre todo ese clima el que lo aísla, el que le obliga a aislarse. Precisamente debido a la resistencia inconsciente, que también existe en el psicoanalista, las discusiones abiertas a legos en psicoanálisis terminan por convertirse en un diálogo entre sordos. No obstante, nos parece evidente que se están operando ciertos cambios culturales, que se reflejan en la receptividad con respecto a la admisión del inconsciente y de alertas manifestaciones de la sexualidad y la agresividad en las que hasta hace muy poco, aunque actuadas, no estaba permitido “pensar” ni verbalizar. Ese cambio de actitud ha posibilitado la inclusión del psicoanálisis en la labor de equipo con antropólogos, sociólogos y psicólogos. Y será ese trabajo en equipo el que permitirá que el psicoanálisis y las ciencias sociales avancen hacia la integración del conocimiento evolutivo del hombre en sus dimensiones de conciencia e inconsciente.

2 — Formación del psicoanalista. Los científicos que militan en el campo de la psicología y de las ciencias sociales deben someterse a una formación especial de la personalidad, puesto que el investigador y el objeto de su investigación son de la misma naturaleza. Levi-Strauss (*) se refiere a la formación del antropólogo en los siguientes términos: “... Es por una razón muy profunda, relacionada con la naturaleza misma de la disciplina y con el carácter distintivo de su propósito, que el antropólogo necesita de la experiencia de

* Claude Levy-Strauss, Antropología Estructural. Trad. de O. S. Katz y Eginardo Pires, Tenipo Brasileiro, Rio de Janeiro, 1967, pág. 417.

campo. Representa un momento crucial de su educación. Antes de tal experiencia podrá poseer conocimientos discontinuos que jamás conformarán un todo; sólo después de ella sus conocimientos se constituirán en un conjunto orgánico y adquirirán de pronto el sentido de que hasta entonces carecían. Esta situación presenta grandes analogías con la que prevalece en el psicoanálisis: es hoy un principio universal-mente reconocido que la práctica de la profesión analítica requiere una experiencia específica e insustituible: la del análisis personal; es por ello que todos los reglamentos imponen que el futuro analista haya sido analizado a su vez. Para el antropólogo, la práctica de campo constituye el equivalente de esta experiencia única; como en el caso del psicoanálisis, la experiencia, podrá tener éxito o malograrse y ningún examen ni concurso proporciona el medio de resolver en uno u otro sentido. Sólo el criterio de miembros experimentados de la profesión, cuya obra atestigüe que ellos mismos han dado vuelta el recodo, puede decidir si y cuando el candidato a la profesión antropológica habrá realizado, en su campo esta revolución interior que hará de él, verdaderamente, un hombre nueva

En la creación de la técnica del psicoanálisis, Freud no contó con la colaboración de precursores sino con su propio talento. Por razones análogas a las expuestas por Levi-Stauss, es condición fundamental el psicoanálisis didáctico del candidato a la formación profesional. Esta exigencia de las asociaciones psicoanalíticas ha sido motivo de críticas contra los psicoanalistas. El lenguaje del inconsciente tiene expresiones y connotaciones extrañas al pensamiento consciente. Para reconocerlas, el psicoanalista debe estar habituado a establecer contacto con su propio inconsciente y adquirir el "insight" que le permitirá a su vez entrar en contacto con el inconsciente de sus pacientes, sin contaminarse con proyecciones e identificaciones. Hasta cierto punto, la terminología psicoanalítica sólo puede ser utilizada por el psicoanalista, del mismo modo que una radiografía encefalográfica sólo puede ser interpretada por el psicoanálisis. Sin embargo, cuando se trata de psicoanálisis, ese aspecto de la realidad suele ignorarse, y con frecuencia se hace uso inadecuado de los conceptos psicoanalíticos al aplicarlos en el plano socio-cultural.

El capítulo que intitulamos "Naturaleza original del ser humano" constituye nuestro esquema referencial para los fines de utilizar los conceptos de Freud

en su aplicación a la Antropología y a la Sociología.

El interés de Freud en el pasado de la especie, expresado en sus estudios sobre Prehistoria:

Antropología. Mitología y Sociología, fue el resultado de conocimientos adquiridos a través de sus estudios del pasado del individuo, estudios que lo llevaron a conclusiones tales como (a) que el desarrollo psíquico durante la infancia reproduce ontogenéticamente la evolución filogenética de la especie; (b) que el individuo normal e enfermo está sujeto a regresar a aquellos puntos de fijación de la libido establecidos durante el desarrollo infantil; (c) que los conflictos infantiles no superados entre las necesidades vitales y las exigencias del mundo exterior se mantienen en el inconsciente por medio de la represión; (d) que las frustraciones sentidas como intolerables pueden hacer fracasar la represión, con el consiguiente comportamiento hostil auto o aloplástico; (e) que el mecanismo psíquico de sublimación transforma los propósitos de la libido narcisista en propósitos socio-culturales; (f) que la civilización actúa como proceso de transformación de la naturaleza original (socialización y culturización), aunque persiste inevitablemente un residuo de frustración, y como proceso de represión (coerción a través de leyes, sanciones y castigos) es internalizada en la instancia psíquica denominada superyo.

A partir del tratamiento de casos clínicos, Freud comprobó la importancia del pensamiento omnipotente en el origen de la imaginación mítica y estableció un paralelo con lo que acontece con el pensamiento mítico del hombre primitivo. Frente al temor de amenazas provenientes de sucesos internos y externos desconocidos el recurso al pensamiento mítico es elaborado en las construcciones de mitos, como un medio de solucionar el conflicto mental y grupal, llegando a la conclusión de que el mito es un producto del pensamiento omnipotente elaborado filogenéticamente y transmitido genética y culturalmente. La creencia en la omnipotencia es más intensa y generalizada en las culturas primitivas que en nuestra civilización, en los psicóticos que en los no psicóticos, en el niño que en el adulto; entre los psicóticos, obedece a la capitulación del yo frente a las exigencias del ello y los debilitamientos e imposiciones del superyo; en el niño, en cambio, es el resultado de la inmadurez emocional e intelectual y de su estado de total dependencia para sobrevivir.

Observando el paralelismo entre las fantasías inconscientes organizadas en mitos individuales y el contenido de los mitos griegos (como por ejemplo el mito de la inmortalidad, el del paraíso perdido, el mesianismo, la bisexualidad, el mito de Edipo y otros), Freud tomó dichos mitos como modelos seculares para la formulación de algunas teorías psicoanalíticas.

En base a la trasmisión genética y cultural de los contenidos mentales, en **Totem y Tabú** encontramos una hipótesis sobre el origen de la Civilización, vinculada a la evolución de la familia. Posteriormente al dominio del macho más fuerte, arbitrario e ilimitado, los jóvenes se congregaron en bandos, descubrieron que unidos eran más fuertes que el individuo aislado y se sobrepusieron de este modo a los padres. La observancia de tabúes constituyó el primer derecho o ley de la comunidad totémica, en la cual el totem representa al padre ancestral que debe ser preservado. Las fantasías de parricidio y filicidio, así como las de incesto, fueron sometidas a la represión, a la vez que las relaciones entre los miembros de una familia fueron institucionalizadas y sancionadas por la costumbre y por la ley.

Ni la represión ni los procesos socio-culturales extinguieron, en la fuente original del inconsciente, las fantasías ligadas al parricidio, al filicidio y al incesto. Hasta el día de hoy las instituciones y las leyes luchan por mantener inhibidos en sus fines tales impulsos. Asistimos hoy a un movimiento juvenil de alcance universal, empeñado en promover cambios socio-culturales. Definen sus metas como el logro de derechos más amplios de participación en los bienes colectivos y la libertad sexual. En particular en los grupos de jóvenes con actitudes extremas, es evidente que matan impulsados por la violencia de creencias míticas y que se rebelan contra el trabajo, la limpieza y el orden debido al carácter regresivo de su afectividad que los induce a buscar placeres infantiles en la suciedad, en la promiscuidad sexual o en las satisfacciones sexuales pregenitales, como la homosexualidad. El individuo psíquicamente perturbado revive sus conflictos infantiles en actos contra su propia persona y contra el mundo exterior, exponiéndose a peligros reales, como el de destruir o ser destruido, de acuerdo con el pensamiento omnipotente que sitúa objetivos y fines en la dimensión de lo absoluto, contra la “violencia” de mitos que ya no cumplen las funciones de solución de conflictos.

Al exponer su concepto de civilización y cultura, Freud tomó como punto de

partida la disposición dualista de la naturaleza humana, que se pone de manifiesto en los objetivos de la libido que tiende a la integración, a la unidad, a la construcción de cultura para la protección de la existencia individual y grupal, y aquella otra 'disposición expresada en los fines de los impulsos destructivos que actúan en sentido opuesto, es decir, que tienden a la destrucción del individuo, de los grupos humanos, a la disgregación mental y social y, en última instancia, al retorno al estado inorgánico. Las manifestaciones de los aspectos destructivos de la naturaleza original del hombre pueden ser observadas con mayor claridad en los estados de tensión socio-cultural, en los que se circunscriben las áreas de máxima frustración. Creemos que en el mundo actual, el desnivel cada vez más intolerable entre los grupos dominantes y los dominados, tiene como causa de frustración la excesiva satisfacción del placer narcisista, a través del ejercicio de poderes con características de pensamiento omnipotente y la satisfacción de la codicia, en la tentativa de satisfacer lo insaciable, lo cual implica restricciones exageradas a una mayoría dominada. Paralelamente a lo que ocurre con el individuo en estado de frustración intolerable, en el plano social la frustración dinamiza dos movimientos: el de cambio social cuya meta es el progreso, y la involución social a través de la regresión, es decir, por destrucción o pérdida de las adquisiciones culturales.

La Sociología nos enseña que la estructura social se establece en función de la acción conjugada de los individuos por la obtención de la satisfacción de necesidades e intereses comunes. Una consecuencia necesaria es la división del trabajo, puesto que en base a las diferentes funciones se definen los papeles y el status de los miembros de una sociedad. La socialización del niño desde el punto de vista de los procesos sociales se cumple a través de la transmisión del patrimonio socio-cultural por medio de la identificación y de las expectativas de comportamiento. Investigando lo que acontece en la intimidad de la relación del niño con los padres, Freud facilitó y esclareció nuestra comprensión del proceso social de la transmisión del patrimonio social de una generación a otra. La transmisión de las formas de sentir pensar y reaccionar, socialmente definidas en pautas de conducta, son inconsciente y socialmente aceptadas por el niño a través de los mecanismos psíquicos de proyección e introyección y reelaborados, bajo la total dependencia de la interacción de los procesos psíquicos Y los procesos sociales. En lo que se refiere a los factores psíquicos, la socialización depende de la intensidad con que el niño se

mantiene bajo el dominio del principio del placer, de la libido narcisista y de los impulsos destructivos; en cuanto a los factores sociales, todo depende de la intensidad de las frustraciones con que las exigencias externas confrontan al nuevo ser. Es en la interacción de los procesos psíquicos y los procesos sociales donde se sitúa, en mayor o menor grado, la fijación de libido a niveles pregenitales; la persistencia de impulsos destructivos no neutralizados, la búsqueda de satisfacción del placer incondicional, de la omnipotencia narcisista, la codicia y la envidia. Freud percibió en la defensa apasionada de la igualdad y la justicia social una reacción frente a la envidia.

“El más civilizado es el que se consagra más a evitar el dolor que a proporcionar placer”. Definiendo de este modo la característica de nuestra civilización, Freud ponía en evidencia su efecto en la disminución de la capacidad para los placeres de la vida. Consideró que a través del estudio de los disturbios sociales podría lograrse un mejor acceso a la psicología del yo. La veneración por el yo ideal, que puede convertirse en ideal común de la familia, de la clase social y de la nación, puso de relieve el hecho de que el ideal común contiene un componente homosexual y narcisista y que cuando existe una perturbación, esa libido homosexual es transformada en culpa o angustia social; la desaprobación de los padres se transforma en una amenaza de la opinión pública.

Al responder al interrogante que se planteó —por qué una comunidad civilizada no puede estar constituida por pares de individuos felices, ligados por intereses comunes— Freud puso de relieve la hostilidad primaria: “Debido a la hostilidad primaria de los hombres entre sí, la sociedad civilizada está perpetuamente amenazada por la desintegración. La cultura necesita apelar a todos los recursos posibles a fin de erigir barreras contra los instintos agresivos del hombre.” En cuanto a la agresividad destructiva del hombre, nos remitimos a las palabras de Bertand Russell, transcritas por Jones en su libro “Sigmund Freud, Life and Work”, página 369: “Tampoco parece probable que los impulsos de crueldad puedan ser rastreados retrospectivamente en causas económicas, sin dejar residuos. En la medida en que éstos existan, todo sistema que confiera a algunos hombres poder sobre otros, como debe otorgarles todo sistema, correrá el riesgo de convertirse en causa de sufrimiento. Se infiere entonces que, incluso en el caso de grandes comunidades, el ángulo exclusivamente económico es una simple Esquema-

tización, y que para el conocimiento del saber político es indispensable un enfoque más psicológico.”

La superación de resistencias inconscientes es perceptible tanto en el plano individual de la personalidad como en el plano social, teniendo en cuenta que lo psíquico y lo social se encuentran intrínsecamente estructurados. Al nivel psíquico se establece la economía entre los niveles conscientes e inconscientes según la función del superyo, entre los impulsos instintivos y SUS modificaciones a través de los mecanismos de sublimación; a nivel social, la economía se verifica por medio de procesos socio-culturales. Así como la supresión de una represión conduce a la incorporación de partes del inconsciente en la conciencia, lo cual trae aparejado una modificación en la organización de la personalidad, la supresión de represiones sociales da lugar a modificaciones en la estructura social por el surgimiento de nuevos significados culturales. Creemos que la absorción o incorporación cultural de elementos y conceptos de la teoría psicoanalítica, por ejemplo de aquellos referentes a la represión de la sexualidad infantil, traerá aparejada una modificación en la educación sexual del niño.

Los significados culturales y las sanciones sociales son resultantes de la elaboración de las proyecciones de fantasías (impulsos instintivos) proyectados hacia el mundo exterior; los significados culturales y las sanciones sociales son a su vez introyectados y psíquicamente re-elaborados por el mecanismo de sublimación, sancionados por el superyo.

En “Malestar en la cultura’ Freud presentó un análisis minucioso del sadismo del superyo ligado a sentimientos de culpa, mucho más riguroso que las sanciones sociales. En tales condiciones el superyo se constituye en una poderosa barrera contra nuevo y se *opone* por lo tanto a los movimientos de cambio social. Por otro lado, la declinación de los mitos, como consecuencia de un proceso antirrepresivo, confiere un carácter decisivo al proceso de transformación sociocultural, debido a la activación de la agresividad violenta y destructiva que puede aparecer tanto en el grupo que pugna por liberarse de mitos arcaicos como por aquéllos que luchan por su mantenimiento.

El hombre es el único animal capaz de crear cultura con el fin de proteger su

propia existencia y adquiere y utiliza con éxito conocimientos acerca de las leyes de la naturaleza. Su cultura falla en lo que se refiere al establecimiento de un *modus vivendi* entre los hombres. Las frustraciones derivadas de las distancias que existen entre la búsqueda de satisfacción de las necesidades vitales y las exigencias institucionalizadas como medio de satisfacción, se reflejan en los conflictos mentales y sociales. Al respecto, en su capítulo sobre Sociología, Freud se expresó en los siguientes términos: “Toda cultura está basada en el trabajo compulsivo y en la renuncia individual y por lo tanto suscita inevitablemente la oposición de quienes se ven afectados por tal exigencia... Las medidas coercitivas y otras destinadas a reconciliar a los hombres con la cultura y a recompensarles sus sacrificios pueden ser descritas como la esfera psíquica de la cultura”.

Es vasta la bibliografía de autores —psicólogos, sociólogos y antropólogos— que incluye capítulos sobre las contribuciones de Freud. No obstante, los científicos suelen llegar a conclusiones discordantes por dos motivos: la transformación, por ellos ignorada, de los conceptos freudianos, y la utilización de una inadecuada técnica de investigación para lograr el acceso al inconsciente. Pese a todo ello, el científico está alertado en cuanto al hecho “inconsciente”. Recordemos la expresión jocosa de Freud: “Despiertos, me refutan, pero cuando duermen, sus sueños confirman mis ideas”.